

# LA PROTESTA

DIARIO DE LA MAÑANA

(PORTE PAGO)

Buenos Aires, Noviembre 9 de 1904

## VENGANZA DEL DIA

### UN NUMERO

Después de la huelga, que casi ya fue un nuevo fracaso para los obreros, según el testimonio de sus jefes, las tres quincenas habían pasado sin que, al igual de la mayoría de sus camaradas, Luis Robles, conductor de tranvías, desde hacía cinco años en la empresa Metropolitana, encontrase dentro del taller el piso de su casa.

Inutilmente había ofrecido hasta de peón albañil, recorriendo de punto a punto las calles de la ciudad agotada.

No hay trabajo, amigo... Aun tengo que pagar la casa mía...

Y así vivió. Parecía que los capitanes y encargados se hubieran pasado de la rama de orden.

Quién se despidió Luis Robles, cría que sus brazos con su vestido, cuando salió a seguir su vida una idea al patrón salvadora:

Ra la otra empresa, en "La Nueva", donde que necesitaban personal. Pero todos querían que trajese su nombre y con recomendación a su nombre falso.

Pedir la recomendación tenía a quién, pero lo segundo le preguntaba. Tener que decir su nombre como un latido cualquiera.

La empresa, para defenderse de los demás, tenían establecido un convenio según el cual pasaban las listas en que constababan los nombres y señas individuales de los empleados destinados por cada uno.

Por lo tanto, Luis Robles se comprometió a dar trabajo a ningún obrero que se encontrara en tales condiciones.

A pesar de la repugnancia que el caso le inspiraba, Luis Robles se decidió después de llegar a la noche a su taller. Se dijo: entre tanto, a mentir, mentir. Y resolvió a ello acudió a su protector.

Tiene usted que presentármelo a la compañía con nombre falso. Y explicó detalladamente el motivo. Es una vergüenza verdadera.

No hay otro remedio, contestó el protector que era todo un hombre. Por lo demás, usted tiene el derecho de hacerlo llamar con el nombre que más le gusta. Y lo quedó.

Cómo quieren llamarme usted? ¡Juan Pedro, Ángel!

Sin darse cuenta contó Robles: Así es bien, señor. Esos son tres nombres juntos. Faltan el apellido.

Mire usted, dijo el protector. Hizo lo mejor. Bueno, presentámense no más. Así lo hizo. Juan Pedro Antonito, al día siguiente de presentarse en la empresa tuvo trabajo.

Poco la noche al dejar el servicio, se lo avisó que debía presentarse a la gerencia a primera hora. Para qué? se dijo Robles. Y arrugó el ceño.

Al día siguiente fui. Un agente de policía secretaria lo esperaba en la oficina y le dijo: con el general. Luis Robles, como se sabía que por parte de la comandancia había sido ya su víctima.

¡Es él!

—Luis Robles.—Puedo asegurarlo.

Efectivamente, está en lista.

—Usted ha sido un huésped de la otra empresa.

—Es verdad, contestó Robles, con una tranquila satisfacción que hizo cambiar de postura al agente.

—Por qué ha venido usted a sugarán a la empresa dando un nombre que no es el suyo?

—Perdón, señor gerente, digo, conozco usted en realidad, que puede tener algo malo. Vamos a cuentas. Dice usted: un nombre que no es el suyo. Muy bien. Esto quiere decir entonces que yo tengo un nombre que no es el suyo.

—Sí, pero yo no sé que yo soy de una moneda de cobre. (Estimast). Si. Pues bien, supongo usted que si me ocurre tirar a la calle esa moneda. (Tira la moneda). ¡Pórtala hacia mí! Sí. Pues, acciértese de que tiraré mi moneda a la calle, porque soy malo y he hecho lo que con la moneda.

—Eso no puede hacerse. Es un delito condonado por las leyes. ¡Ya verá usted!

—Lo verá usted. Robles. Y ya se nubló la frente. No decía?

¡El qué?

—Sí.

—Luis Robles.

—Puedo asegurar.

Efectivamente, está en lista.

—Usted ha sido un huésped de la otra empresa.

—Es verdad, contestó Robles, con una tranquila satisfacción que hizo cambiar de postura al agente.

—Por qué ha venido usted a sugarán a la empresa dando un nombre que no es el suyo?

—Perdón, señor gerente, digo, conozco usted en realidad, que puede tener algo malo. Vamos a cuentas. Dice usted: un nombre que no es el suyo. Muy bien. Esto quiere decir entonces que yo tengo un nombre que no es el suyo.

—Sí, pero yo no sé que yo soy de una moneda de cobre. (Estimast). Si. Pues bien, supongo usted que si me ocurre tirar a la calle esa moneda. (Tira la moneda). ¡Pórtala hacia mí! Sí. Pues, acciértese de que tiraré mi moneda a la calle, porque soy malo y he hecho lo que con la moneda.

—Eso no puede hacerse. Es un delito condonado por las leyes. ¡Ya verá usted!

—Lo verá usted. Robles. Y ya se nubló la frente. No decía?

¡El qué?

—Sí.

—Luis Robles.

—Puedo asegurar.

Efectivamente, está en lista.

—Usted ha sido un huésped de la otra empresa.

—Es verdad, contestó Robles, con una tranquila satisfacción que hizo cambiar de postura al agente.

—Por qué ha venido usted a sugarán a la empresa dando un nombre que no es el suyo?

—Perdón, señor gerente, digo, conozco usted en realidad, que puede tener algo malo. Vamos a cuentas. Dice usted: un nombre que no es el suyo. Muy bien. Esto quiere decir entonces que yo tengo un nombre que no es el suyo.

—Sí, pero yo no sé que yo soy de una moneda de cobre. (Estimast). Si. Pues bien, supongo usted que si me ocurre tirar a la calle esa moneda. (Tira la moneda). ¡Pórtala hacia mí! Sí. Pues, acciértese de que tiraré mi moneda a la calle, porque soy malo y he hecho lo que con la moneda.

—Eso no puede hacerse. Es un delito condonado por las leyes. ¡Ya verá usted!

—Lo verá usted. Robles. Y ya se nubló la frente. No decía?

¡El qué?

—Sí.

—Luis Robles.

—Puedo asegurar.

Efectivamente, está en lista.

—Usted ha sido un huésped de la otra empresa.

—Es verdad, contestó Robles, con una tranquila satisfacción que hizo cambiar de postura al agente.

—Por qué ha venido usted a sugarán a la empresa dando un nombre que no es el suyo?

—Perdón, señor gerente, digo, conozco usted en realidad, que puede tener algo malo. Vamos a cuentas. Dice usted: un nombre que no es el suyo. Muy bien. Esto quiere decir entonces que yo tengo un nombre que no es el suyo.

—Sí, pero yo no sé que yo soy de una moneda de cobre. (Estimast). Si. Pues bien, supongo usted que si me ocurre tirar a la calle esa moneda. (Tira la moneda). ¡Pórtala hacia mí! Sí. Pues, acciértese de que tiraré mi moneda a la calle, porque soy malo y he hecho lo que con la moneda.

—Eso no puede hacerse. Es un delito condonado por las leyes. ¡Ya verá usted!

—Lo verá usted. Robles. Y ya se nubló la frente. No decía?

¡El qué?

—Sí.

—Luis Robles.

—Puedo asegurar.

Efectivamente, está en lista.

—Usted ha sido un huésped de la otra empresa.

—Es verdad, contestó Robles, con una tranquila satisfacción que hizo cambiar de postura al agente.

—Por qué ha venido usted a sugarán a la empresa dando un nombre que no es el suyo?

—Perdón, señor gerente, digo, conozco usted en realidad, que puede tener algo malo. Vamos a cuentas. Dice usted: un nombre que no es el suyo. Muy bien. Esto quiere decir entonces que yo tengo un nombre que no es el suyo.

—Sí, pero yo no sé que yo soy de una moneda de cobre. (Estimast). Si. Pues bien, supongo usted que si me ocurre tirar a la calle esa moneda. (Tira la moneda). ¡Pórtala hacia mí! Sí. Pues, acciértese de que tiraré mi moneda a la calle, porque soy malo y he hecho lo que con la moneda.

—Eso no puede hacerse. Es un delito condonado por las leyes. ¡Ya verá usted!

—Lo verá usted. Robles. Y ya se nubló la frente. No decía?

¡El qué?

—Sí.

—Luis Robles.

—Puedo asegurar.

Efectivamente, está en lista.

—Usted ha sido un huésped de la otra empresa.

—Es verdad, contestó Robles, con una tranquila satisfacción que hizo cambiar de postura al agente.

—Por qué ha venido usted a sugarán a la empresa dando un nombre que no es el suyo?

—Perdón, señor gerente, digo, conozco usted en realidad, que puede tener algo malo. Vamos a cuentas. Dice usted: un nombre que no es el suyo. Muy bien. Esto quiere decir entonces que yo tengo un nombre que no es el suyo.

—Sí, pero yo no sé que yo soy de una moneda de cobre. (Estimast). Si. Pues bien, supongo usted que si me ocurre tirar a la calle esa moneda. (Tira la moneda). ¡Pórtala hacia mí! Sí. Pues, acciértese de que tiraré mi moneda a la calle, porque soy malo y he hecho lo que con la moneda.

—Eso no puede hacerse. Es un delito condonado por las leyes. ¡Ya verá usted!

—Lo verá usted. Robles. Y ya se nubló la frente. No decía?

¡El qué?

—Sí.

—Luis Robles.

—Puedo asegurar.

Efectivamente, está en lista.

—Usted ha sido un huésped de la otra empresa.

—Es verdad, contestó Robles, con una tranquila satisfacción que hizo cambiar de postura al agente.

—Por qué ha venido usted a sugarán a la empresa dando un nombre que no es el suyo?

—Perdón, señor gerente, digo, conozco usted en realidad, que puede tener algo malo. Vamos a cuentas. Dice usted: un nombre que no es el suyo. Muy bien. Esto quiere decir entonces que yo tengo un nombre que no es el suyo.

—Sí, pero yo no sé que yo soy de una moneda de cobre. (Estimast). Si. Pues bien, supongo usted que si me ocurre tirar a la calle esa moneda. (Tira la moneda). ¡Pórtala hacia mí! Sí. Pues, acciértese de que tiraré mi moneda a la calle, porque soy malo y he hecho lo que con la moneda.

—Eso no puede hacerse. Es un delito condonado por las leyes. ¡Ya verá usted!

—Lo verá usted. Robles. Y ya se nubló la frente. No decía?

¡El qué?

—Sí.

—Luis Robles.

—Puedo asegurar.

Efectivamente, está en lista.

—Usted ha sido un huésped de la otra empresa.

—Es verdad, contestó Robles, con una tranquila satisfacción que hizo cambiar de postura al agente.

—Por qué ha venido usted a sugarán a la empresa dando un nombre que no es el suyo?

—Perdón, señor gerente, digo, conozco usted en realidad, que puede tener algo malo. Vamos a cuentas. Dice usted: un nombre que no es el suyo. Muy bien. Esto quiere decir entonces que yo tengo un nombre que no es el suyo.

—Sí, pero yo no sé que yo soy de una moneda de cobre. (Estimast). Si. Pues bien, supongo usted que si me ocurre tirar a la calle esa moneda. (Tira la moneda). ¡Pórtala hacia mí! Sí. Pues, acciértese de que tiraré mi moneda a la calle, porque soy malo y he hecho lo que con la moneda.

—Eso no puede hacerse. Es un delito condonado por las leyes. ¡Ya verá usted!

—Lo verá usted. Robles. Y ya se nubló la frente. No decía?

¡El qué?

—Sí.

—Luis Robles.

—Puedo asegurar.

Efectivamente, está en lista.

—Usted ha sido un huésped de la otra empresa.

—Es verdad, contestó Robles, con una tranquila satisfacción que hizo cambiar de postura al agente.

—Por qué ha venido usted a sugarán a la empresa dando un nombre que no es el suyo?

—Perdón, señor gerente, digo, conozco usted en realidad, que puede tener algo malo. Vamos a cuentas. Dice usted: un nombre que no es el suyo. Muy bien. Esto quiere decir entonces que yo tengo un nombre que no es el suyo.

—Sí, pero yo no sé que yo soy de una moneda de cobre. (Estimast). Si. Pues bien, supongo usted que si me ocurre tirar a la calle esa moneda. (Tira la moneda). ¡Pórtala hacia mí! Sí. Pues, acciértese de que tiraré mi moneda a la calle, porque soy malo y he hecho lo que con la moneda.

—Eso no puede hacerse. Es un delito condonado por las leyes. ¡Ya verá usted!

—Lo verá usted. Robles. Y ya se nubló la frente. No decía?

¡El qué?

—Sí.

—Luis Robles.

—Puedo asegurar.

Efectivamente, está en lista.

—Usted ha sido un huésped de la otra empresa.

—Es verdad, contestó Robles, con una tranquila satisfacción que hizo cambiar de postura al agente.

—Por qué ha venido usted a sugarán a la empresa dando un nombre que no es el suyo?

—Perdón, señor gerente, digo, conozco usted en realidad, que puede tener algo malo. Vamos a cuentas. Dice usted: un nombre que no es el suyo. Muy bien. Esto quiere decir entonces que yo tengo un nombre que no es el suyo.

—Sí, pero yo no sé que yo soy de una moneda de cobre. (Estimast). Si. Pues bien, supongo usted que si me ocurre tirar a la calle esa moneda. (Tira la moneda). ¡Pórtala hacia mí! Sí. Pues, acciértese de que tiraré mi moneda a la calle, porque soy malo y he hecho lo que con la moneda.

—Eso no puede hacerse. Es un delito condonado por las leyes. ¡Ya

## LA PROTESTA

ga al obrazo. A hora o 4 hora en depende una quincena. De algún tiempo a esta parte, incansable se roban los jornales. Los trabajadores a quienes se sospecha de perecer de reflexión o de prisa son de los que más se roban, a los que más desean hacerlo explotar, más desembazan. En tal momento administrativo no funciona bien. Diríase que algo falso a la máquina, tal vez algún torilaje importante que el tal Misi tiene por costumbre ofrecer a sus obreros un jornal y legar más horas de trabajo. Una gran parte de los que más se roban, los amonazan con hacerlos conducir presos, amenaza que a poco tardarán en pista en práctica, plena en todo su desarrollo, con la correspondencia con la llamada fuerza pública. Cuando un obrero se retira de la casa, previo el aviso con anticipación de echo de su parte, se le considera un traidor de la fábrica, el propietario de ésta le exige materiales deteriorados, inculpándolo de haber causado el deterioro y deduciéndole con usurario interés de los jornales adeudados. Esta práctica no reconoce escrupulos.

## Los mártires obscuros

### AUREOLA DE SANGRE

Es espantoso el espectáculo de todas las victimas obreras; que cien días a día minuto a minuto, ya en la trágica insensatez de las batallas, en las especulaciones malditas de los jefes, en el mundo de la muerte de la fábrica, el propietario de ésta le exige materiales deteriorados, inculpándolo de haber causado el deterioro y deduciéndole con usurario interés de los jornales adeudados. Esta práctica no reconoce escrupulos.

Ese el caso ocurrido con un capuchino, un hermano que se roba los jornales. Los trabajadores a quienes se sospecha de perecer de reflexión o de prisa son de los que más se roban, a los que más desean hacerlo explotar, más desembazan. Diríase que algo falso a la máquina, tal vez algún torilaje importante que el tal Misi tiene por costumbre ofrecer a sus obreros un jornal y legar más horas de trabajo. Una gran parte de los que más se roban, los amonazan con hacerlos conducir presos, amenaza que a poco tardarán en pista en práctica, plena en todo su desarrollo, con la correspondencia con la llamada fuerza pública. Cuando un obrero se retira de la casa, previo el aviso con anticipación de echo de su parte, se le considera un traidor de la fábrica, el propietario de ésta le exige materiales deteriorados, inculpándolo de haber causado el deterioro y deduciéndole con usurario interés de los jornales adeudados. Esta práctica no reconoce escrupulos.

## La religión sostiene el gobierno policial

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial. Cuando un obrero se retira de la casa, previo el aviso con anticipación de echo de su parte, se le considera un traidor de la fábrica, el propietario de ésta le exige materiales deteriorados, inculpándolo de haber causado el deterioro y deduciéndole con usurario interés de los jornales adeudados. Esta práctica no reconoce escrupulos.

La correspondencia en aquella localidad se recibe enigmáticamente filtrada, y algunas veces no se recibe, que es lo más grave. Estoy pagando con todos, doblemente sin duda, un completo descalabro en la oficina de la policía.

Tal viene sucediendo desde años en la república.

Si me sometieran administrativamente

se todo como una página llena de

desinformación y de que uno ha hablado

Vallarta, quitaríais una gran parte de

mi vida.

En el caso de Lucena, seguramente el te-

legrama, el triste resultado atacó rudamente

a los políticos de todos los países.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

Algunas horas más tarde, el sacerdote

que se había ido, ya el Misi había dicho lo siguiente:

—La religión sostiene el gobierno policial.

